

Mensaje del Papa sobre la Canonización de Tres Santos

Me alegra poder dirigirme por primera vez a ustedes, pastores de la Iglesia de Francia y, a través de ustedes, a todos sus fieles, al celebrarse en este mes de mayo de 2025 el centenario de la canonización de tres santos que, por la gracia de Dios, su país ha dado a la Iglesia universal: San Juan Eudes (1601-1680), San Juan María Vianney (1786-1859) y Santa Teresa del Niño Jesús y del Rostro Santo (1873-1897). Al elevarlos a la gloria de los altares, mi predecesor Pío XI deseaba presentarlos al Pueblo de Dios como maestros a los que escuchar, modelos a imitar y poderosos intercesores a quienes rezar e invocar. La magnitud de los desafíos que enfrenta la Iglesia de Francia, un siglo más tarde, y la relevancia siempre actual de estas tres figuras de santidad para afrontarlos, me llevan a invitarlos a dar un relieve particular a este aniversario.

En este breve Mensaje deseo destacar solo un rasgo espiritual que comparten Juan Eudes, Juan María Vianney y Teresa, y que expresan de un modo especialmente elocuente y atractivo para los hombres y mujeres de hoy: amaron a Jesús sin reservas, de una manera sencilla, fuerte y auténtica; experimentaron su bondad y ternura en una cercanía cotidiana muy especial, y dieron testimonio de ello con un admirable impulso misionero.

El difunto Papa Francisco nos dejó, a modo de testamento espiritual, una hermosa Encíclica sobre el Sagrado Corazón en la que afirma: «Un río que no se agota, que no pasa, que se ofrece siempre de nuevo a quien desea amar, sigue brotando de la herida del costado de Cristo. Solo su amor hará posible una nueva humanidad» (*Dilexit nos*, n. 219). No podría haber un programa de evangelización y misión más bello y sencillo para su país: ayudar a cada persona a descubrir el amor de ternura y predilección que Jesús le tiene, hasta el punto de transformar su vida.

Y en este sentido, nuestros tres Santos son sin duda maestros cuya vida y doctrina los invito a dar a conocer y valorar continuamente entre el Pueblo de Dios. ¿No fue San Juan Eudes el primero en celebrar el culto litúrgico a los Corazones de Jesús y de María? ¿No fue San Juan María Vianney ese párroco entregado apasionadamente a su ministerio, que afirmaba: «El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús»? ¿Y no es acaso Santa Teresa del Niño Jesús y del Rostro Santo la gran Doctora de la *scientia amoris* que tanto necesita nuestro mundo, ella que «respiró» en cada instante de su vida el Nombre de Jesús con espontaneidad y frescura, y enseñó a los más pequeños un «camino totalmente sencillo» para llegar a Él?

Celebrar el centenario de la canonización de estos tres Santos es, ante todo, una invitación a dar gracias al Señor por las maravillas que ha realizado en esta tierra de Francia durante largos siglos de evangelización y vida cristiana. Los santos no surgen espontáneamente, sino que, por la gracia, brotan en el seno de comunidades cristianas vivas que han sabido transmitirles la fe, encender en sus corazones el amor a Jesús y el deseo de seguirlo. Este

patrimonio cristiano todavía les pertenece; aún impregna profundamente su cultura y permanece vivo en muchos corazones.

Por eso, deseo que estas celebraciones no se limiten a evocar con nostalgia un pasado que pudiera parecer superado, sino que reaviven la esperanza y susciten un nuevo impulso misionero. Dios puede, con la ayuda de los santos que les ha dado y que ustedes celebran, renovar las maravillas que realizó en el pasado. ¿No será Santa Teresa la Patrona de las misiones en las mismas tierras que la vieron nacer? ¿No podrán San Juan María Vianney y San Juan Eudes hablar a la conciencia de muchos jóvenes sobre la belleza, la grandeza y la fecundidad del sacerdocio, despertar en ellos un deseo entusiasta y darles el valor de responder generosamente al llamado, precisamente cuando la falta de vocaciones se hace sentir con tanta crudeza en sus diócesis y los sacerdotes se ven cada vez más probados? Aprovecho esta ocasión para agradecer de todo corazón a todos los sacerdotes de Francia por su valiente y perseverante entrega, y expresarles mi afecto paternal.

Queridos hermanos obispos, invoco la intercesión de San Juan Eudes, San Juan María Vianney y Santa Teresa del Niño Jesús y del Rostro Santo por su país y por el Pueblo de Dios que peregrina valientemente en él, entre los vientos contrarios y a veces hostiles del indiferentismo, el materialismo y el individualismo. Que ellos den coraje a este Pueblo, en la certeza de que Cristo ha resucitado verdaderamente, Él, el Salvador del mundo.

Implorando sobre Francia la protección maternal de su poderosa Patrona, Nuestra Señora de la Asunción, concedo a cada uno de ustedes y a todas las personas confiadas a su cuidado pastoral la Bendición Apostólica.

Desde el Vaticano, 28 de mayo de 2025